

## Viento de proa

Al terminar el año 1985, si reflexionamos un momento sobre la situación en que nos encontramos, adonde vamos, qué esperamos, encontramos que se ha invertido el estado de ánimo en que los españoles habíamos vivido desde fines de 1975. Sentíamos que empezaba una etapa nueva; que íbamos a alguna parte, y se produjo una impresión inconfundible de *dilatación de la vida*. No ocultemos que algunos sentían temor y desagrado; pero predominaba la esperanza. En todo caso, había *expectativa*. Desde muy pronto! hubo tentativas de provocar el desencanto, el desaliento, la desilusión; lo señalé desde los primeros meses, y advertí que con eso se trataba de provocar la pasividad de los españoles, de manera que fueran inertes y manipulables. Cuando, no hay entusiasmo -decía- no hay resistencia, se deja hacer a los que quieren disponer a su antojo de un pueblo.

Durante unos años, cinco o seis, esos intentos no prosperaron, y se llevó a cabo en España una transformación imperfecta, con desaciertos pero con superabundante y rapidísima acumulación de mejoras; sobre todo, con la creación de un cauce para avanzar en la historia. Con otras palabras, se abrió un camino practicable para la esperanza.

Si somos sinceros, tendremos que confesar que de todo ello queda muy poco. Cuando se lee un periódico o se escucha un noticiario, no se espera nada bueno; pero lo más grave es que no se espera nada incitante. Se repiten monótonas cantinelas de «éxitos» en los que nadie cree -y menos que nadie los que los proclaman-, o se reiteran enumeraciones de «fiero males», que no dejan de existir, pero que a veces no son tan fieros, y sobre todo se siguen hasta tal minucia, que encubren con su insignificancia lo que verdaderamente debe inquietar. Y, por supuesto, no se propone nada atractivo, esperanzador, que incite el apetito de vivir, que prometa una nueva empresa nacional interesante.

Esto explica el fenómeno extrañísimo de que el amplísimo descontento dominante, que tiene pocas excepciones, se presente acompañado de la frecuente convicción de que las cosas van a seguir como están; lo cual no es muy comprensible cuando se vive en un régimen democrático! en que los ciudadanos tienen en sus manos la posibilidad de cambiar cada cuatro años la orientación del país.

No es esta situación exclusiva de España; en grado mayor o menor, con di-

versos matices, es común a casi toda Europa occidental -de la otra no hay que hablar, porque la esperanza está descartada por principio- y a la mayoría de los países americanos. La única excepción importante es los Estados Unidos; y, hasta donde llegan mis impresiones y conjeturas, el Japón. Esto es lo más grave; y lo más interesante sería averiguar si las causas son comunes, si responden a los mismos estímulos, cuánto responde a la espontaneidad social y cuánto a intervenciones planificadas y acaso coordinadas.

Se diría que sopla un viento de proa que dificulta el avance. Pero entiéndaseme bien: no me refiero a las dificultades, que son grandes y notorias, pero que nunca han producido por sí solas el desánimo. Al contrario, los pueblos, cuando están sanos, se crecen ante las dificultades, que les sirven de estímulo para *dar de sí*. Se trata de otra cosa: de la convicción provocada de que las cosas no tienen solución, de que no se puede hacer otra cosa que lo que se está haciendo -o su inversión mecánica sin innovación-. Me asombra cómo las naciones de Europa se resignaron tan fácilmente a despedirse de la prosperidad que había dominado desde el final de la Guerra Mundial hasta la manipulación del petróleo en 1973, como si no se hubiera podido contrarrestar, como si ese episodio fuera definitivo y no hubiera medios de superarlo y seguir adelante. Lo que se indujo en los pueblos europeos fue un clima de *desgana* que apenas- prendió en los Estados Unidos y del cual se han recuperado en absoluto.

En España se ha producido una burocratización inesperada. Leyes y más leyes, regulación de todo, i intervenciones constantes en el funcionamiento de las actividades individuales y colectivas. Hace treinta años definí la burocracia como aquello que consiste; en interponerse entre cada dos actos de los demás. Como todo ello se hace hoy de manera automática, impuesta por una mayoría absoluta que ni siquiera escucha a los que piensan y quieren otra cosa, la impresión de que la vida público escapa a los ciudadanos es total, y cada vez se sienten menos ciudadanos. Porque no se sienten tampoco representados por los que -casi siempre tibia y desgadamente- discrepan de la conducción de los asuntos sin ofrecer nada atractivo, en muchos casos sin proponer siquiera en serio y de modo fidedigno la modificación de eso mismo de que dicen discrepar.

Esto produce en los españoles una impresión de que las cosas van a seguir «así» o de manera muy parecida. Y ello engendra hastío, desaliento, indiferencia. La forma peor de la resignación. Porque ésta, la resignación, es una actitud nobilísima y necesaria cuando consiste en aceptar lo inevitable; pero es desastrosa cuando significa la mera pasividad frente a lo que se puede evitar, corregir, transformar.

¿Hay razones, en España y fuera de ella, para que nos avengamos a vivir precariamente, sin ilusión! sin confiar en que el mañana nos traiga algo nuevo y valioso? Mejor dicho, en que lo traigamos, lo inventemos, lo realicemos. Creo que no. Las posibilidades con las que nos encontramos hace diez años están, en principio, intactas. La Monarquía unida a la democracia es la doble garantía de estabilidad y posibilidad abierta de innovación. España será -dentro de las circunstancias reales, que también son modificables- lo que queramos. Con la

única condición de que efectivamente queramos, de que nuestra voluntad no se atrofie. ¿Será que «se ha muerto una noche de luna», como cantaba Manuel Machado? No veo razón suficiente para ello.

Pero esa voluntad tiene que estar alimentada, vivificada por el *deseo*. Siempre me sorprende -y me deprime- la frecuencia con que *se quiere lo que no se desea*. Se procura, y muchas veces se consigue, lo que no atrae, no ilusiona, ni se estima; lo que acaso produce temor o repulsión. Y, sin embargo, la actividad se moviliza hacia ello, impulsada por persuasiones ajenas, por inhibiciones de lo que verdaderamente se desea, por descalificaciones con las cuales se deja fuera de juego a los mejores.

Cuando se llega a la convicción de que hay que elegir entre posibilidades *no deseables*, en todo caso no deseadas, existe el peligro de que se elija por inercia o por el método de «cara o cruz»; es decir, que no se elija, con lo cual la democracia se vacía de contenido. Por eso, la primera operación que se realiza es la limitación de las posibilidades, la persuasión de que *no hay más*.

En otros términos, la amputación de la facultad imaginativa. Porque la verdad es que, con todos los obstáculos que se quiera, el horizonte real está lleno de posibilidades incitantes, que traté de formular al final de *España inteligible*, por lo pronto para España y la América hispana. Y acaso no sólo para ellas. Se puede, se debe entrar animosamente en 1986.